

# RAYMOND F. LAURENT

( 1 9 1 7 - 2 0 0 5 )



El 3 de febrero de 2005 murió en San Miguel de Tucumán el Dr. Raymond Ferdinand Louis-Philippe Laurent, a quien la herpetología y los herpetólogos debemos tanto. Al recordarlo aquí celebramos su vida, que tuvo visos de aventura y con ese espíritu fue vivida hasta el final.

Había nacido el 16 de mayo de 1917 en el pueblito de Wasmes, en la provincia belga de Hainaut, en cuya iglesia protestante Vincent van Gogh desarrollara sus dotes de predicador. Muy pronto sus padres (Armand Charles Louis Laurent y Blanche Prudence Romaine Carpentier) se trasladaron a Bruselas y fue en Ixelles, próximo a esa capital, donde Raymond realizó sus estudios primarios y secundarios. Allí, jugando entre salamandras y tritones, se despertó su pasión por los anfibios y reptiles y con esa pasión ingresó a la Universidad Libre de Bruselas en 1934. Obtuvo su licenciatura en 1938 y su doctorado en 1940 y los recuerdos de su paso por esa universidad siempre estaban presentes. Su maestro, Paul Brien, un cladista *avant la lettre*, sus compañeros, Ilya Prygogine, luego Premio Nobel de física, y Bernard Heuvellmans, el fundador de la criptozoología, sus amores primeros, el tenis, el piano, el cine y la pin-

tura vanguardista persistieron a lo largo de los años en su corazón. También recordaba con afecto a Georges Albert Boulenger, a quien conociera ya retirado de la zoología y dedicado al cuidado de su jardín de rosas en Saint Malo poco tiempo antes de su muerte, en 1937.

Luego de un viaje iniciático al British Museum en Londres pasó a ocupar un cargo de investigador en el Museo Real de África Central en Tervuren. Raymond Laurent siempre contaba que su amor por África había hecho explosión cuando, a los 14 años, asistió al estreno de la película «*Trader Horn*», un clásico de 1931 dirigido por W.S. van Dyke con Harry Carey y Edwina Booth en los papeles protagónicos. Ficción por su argumento, pero documental por sus imágenes, despertó tanto entusiasmo en el joven Ray que la primera temporada la vio la friolera de 18 veces... Y no pensemos cuantas más, acompañado por sus discípulos en su casa de Yerba Buena en Tucumán, desde que en 1995 consiguiera la cinta en formato VHS.

Su trabajo en el Museo de Tervuren tuvo como consecuencia lógica el camino a las entonces colonias belgas del África, y en la década de 1950 pasó a Uvira, en el Congo Belga (luego Zaire,

y ahora República Democrática del Congo), luego a Astrida (hoy Butare), en Rwanda y finalmente a Elizabethville (hoy Lumumbashi), en el congoleño Katanga.

Cuando comenzó la descolonización del África Central y se produjo la secesión de Katanga, la guerra civil desatada se tradujo en masacres y con tiempo solamente para empacar su biblioteca, algunos especímenes y pocos bienes personales más, abandonó África para siempre. Las memorias africanas lo acompañaron hasta el fin («éramos tan jóvenes, éramos tan libres», repetiría con frecuencia) y muchas cosas cambiaron en su vida. Aunque parezca una frivolidad, nunca más volvió a tocar el piano desde que tuvo que dejar atrás su Steinway tropicalizado en Lumumbashi.

Sus méritos científicos le valieron que la Universidad de Harvard y la National Science Foundation de los Estados Unidos lo contrataran, y allí estuvo entre 1961 y 1964. Aparentemente la vida norteamericana le resultó demasiado pacífica, ordenada y casi rutinaria a su espíritu explorador, y a mediados de 1964 llegó a San Miguel de Tucumán, en el noroeste de Argentina, para no abandonar más este país.

Su etapa argentina fue increíblemente prolífica en muchos sentidos. Aquí vino con su colección africana en tarros de hojalata, libros y familia para incorporarse al grupo de investigadores de la Fundación Miguel Lillo. Los primeros años fueron de un auto-impuesto aislamiento. Con Louise Rose Fenaux, su tercera esposa, con quien se había casado un mes antes del fin de la etapa africana, se dedicaron a la inmensa tarea de reordenar y fichar las colecciones de anfibios, reptiles y peces del Lillo, a seguir trabajando con el material africano y a estudiar la creciente y siempre novedosa herpetofauna argentina. Todo marchaba en calma hasta que en las vacaciones de julio de 1974 dos estudiantes de primer año de la facultad de Ciencias Naturales de la Universidad

Nacional de Tucumán, los mismos dos que hoy escribimos esta semblanza, irrumpieron en el laboratorio 210 del Edificio de Zoología queriendo ser herpetólogos...

Las historias de nuestro comienzo (fue nuestro maestro y fuimos sus primeros discípulos) al lado de Raymond Laurent y Louise Fenaux son muchas. Baste con decir que el paso por las rutinarias tareas de lavar frascos, cambiar formol por alcohol, fichar el Zoological Record y pasar sus apuntes de clases de paleontología de vertebrados en la vieja Olivetti (previa traducción del *Laurent avanzado* al castellano básico) por casi un año sirvió para templar nuestro carácter y, como dijera el viejo maestro, para educarnos en las cosas aburridas del quehacer científico.

Creemos que entonces ni Raymond ni Louise se imaginaron lo que comenzaba. A poco de andar se incorporaron Hugo Salas, Jorge Goane, Enrique Terán, Alicia Marcus, Claudia Pérez Miranda, Beatriz Winik y Cristina Buti. Más adelante, y en una gran parentela en la que se mezclaban sus discípulos directos y sus nietos y hasta bisnietos científicos, se sumaron Cristian Abdala, Virginia Abdala, Sebastián Barrionuevo, Teresita Belmonte, Marta Cánepa, Dolores Casagrande, Felix Cruz, Marissa Fabrezi, Liliana Ferrari, Eugenia Gil, Monique Halloy, Sonia Kretzschmar, Benjamín León, Fernando Lobo, Adriana Manzano, Ricardo Montero, Juan Carlos Moreta, Silvia Moro, Omar Pagaburo, Gabriela Perotti, María Laura Ponssa, Martha Ramírez Pinilla, Enrique Richard, Cecilia Robles, Manuel Siñeriz, Sebastián Torres y Florencia Vera Candiotti. A este grupo, que reside o residió en Tucumán en algún momento de sus vidas, se suman los que fueron discípulos a la distancia; de hecho, en el ámbito de la herpetología argentina nadie fue ajeno a la impronta laurentiana.

Así, el Instituto fue prosperando y con los viajes del maestro y los de sus alumnos la colección adquirió una impor-

tancia creciente. Se hicieron incontables trabajos, se desarrollaron numerosas becas y tesis, muchos investigadores se formaron y muchos otros nos visitaron en este rincón del mundo. Pero lo que permitió que todo esto ocurriera fueron las figuras de Raymond y Louise, quienes fueron enfrentando situaciones inestables y cambiantes para lograr todo eso.

Nos educó con su ejemplo y aparentemente no le importaban el cómo ni el cuándo, sino los resultados. Su generosidad y paciencia no conocieron límites y el laboratorio donde trabajaba estaba siempre abierto y no hacía falta cita previa para charlar con él. Nunca preguntaba que hacían sus alumnos ni pedía cuentas (libertad con responsabilidad era su consigna) y cuando hacía falta, siempre estaba para responder a sus preguntas. Cada mañana cuando llegaba al Instituto, pasaba por los gabinetes y comentaba la última película, el concierto que escuchara el día anterior, los libros (científicos o no) recién leídos o recibidos y, siempre, el último chiste

que le habían contado (algunos que «*se entienden mejor en francés*», como aclaraba ante la mirada atónita del interlocutor).

Cuando Raymond Laurent y Louise Fenaux se jubilaron en 1996, las reuniones que manteníamos en su laboratorio se trasladaron a su casa de Yerba Buena, y de verdad que fueron mucho mejores... Ya no éramos sus alumnos, sino sus amigos, y una tarde por semana conversábamos, copa en mano, de ciencia, de arte, de cine, de historia, de la cambiante actualidad e incluso de los últimos chismes y escandaletes de la comunidad científica.

La muerte de Louise en diciembre de 2001 marcó el comienzo del ocaso de Raymond, quien poco a poco se recluyó en sí mismo para morir en silencio algo más de tres años después.

ESTEBAN O. LAVILLA  
GUSTAVO J. SCROCCHI  
Instituto de Herpetología,  
Fundación Miguel Lillo.